

tra el ladrón de casa. Antes de que el robo á la condesa de Campos de Orellana viniese á probarlo, sabía yo que poseen llaveros con variadísimas clases de llaves y ganzúas, y que en último caso abren un baúl por detrás, destornillándole los goznes. Los únicos procedimientos que conozco para asegurarse algo son los siguientes:

A. — Colocar en el fondo del baúl una envoltura de lienzo de iguales dimensiones que el baúl, y que abraza y cubra perfectamente el contenido. Esta cubierta se cose menudo, una vez lleno el baúl, y por debajo de ella se cruzan dos bramantes que se reúnen encima, sellando el nudo con un sello de lacre que sea nuestro y que los señores sustractores no puedan imitar. Ni la cubierta ni el cordón ni el sello les impedirán tomar lo que les plazca, pero cuando reclamemos y se abra el baúl á presencia de quien compete, en el mismo punto de alzar la tapa se verá que ha habido gatuperio, porque, naturalmente, estará el sello roto.

B. — Ceñir el baúl por fuera con una cruz de tiras de lienzo fuerte pegadas con engrudo (el papel no sirve), y donde se juntan, sellar con un sello de tinta nuestro, que coja los dos cabos, procurando que no se junten ni cerca de la cerradura ni cerca de los goznes. Este sistema, como el anterior, permite apreciar de una ojeada si han andado arañando gatos de dos pies en el baúl (ó saco, ó cajón). Ambos sistemas son compatibles, y por si no llega el primer cañonazo, puede dispararse el segundo.

C. — (Este método es invención del conde de San Román: *suum cuique*.) Se hace un cajón de madera ligera, ensamblado, no clavado, y se le sujeta la tapa con tornillos, echando sobre la cabeza de cada tornillo una gota de lacre de un color desusado (azul, verbigracia) y sellando allí lo que se quiera. Al recibir el cajón tiene que percibirse instantáneamente si lo han destornillado en el camino.

III. — El precinto de la Compañía no garantiza lo bastante la seguridad de los baúles. Según me consta por experiencia y me demostró perfectamente el ingeniero D. Eduardo Echegaray, hermano del ilustre dramaturgo, y representante entonces del Gobierno en la estación de Madrid, estirando el precinto y metiendo la mano por el hueco de la tapa entreabierto del baúl se puede sustraer buena parte de su contenido. Es el precinto además un inconveniente para los casos de sustracción y reclamación, pues con él se escuda la Compañía, y al presentarlo sin romper tiene una base en que fundar la negativa de que se haya podido cometer alguna sustracción dentro del bulto precintado.

IV. — A no tener, por los sistemas antes indicados, la certidumbre de que un bulto está intacto, jamás debe recogerse de la estación sin hacer previamente que sea comprobado su peso. Si el peso es menor ó mayor que era al facturar en la estación de origen, hay derecho á exigir y debe exigirse que el bulto sea abierto en presencia de quien corresponda, para cerciorarse de lo que puede faltar en él. Si algo falta, inmediatamente se debe formular la oportuna reclamación.

V. — En toda estación importante existe un representante del Gobierno. Este funcionario tiene el deber de mirar por los intereses del público y de facilitar sus gestiones. Es conveniente empezar por dirigirse á él, sobre todo si se advierte cierta morosidad en los empleados de la Compañía con quienes nos toque entendernos, al presentarles nuestras quejas y reclamar sus auxilios y explicaciones para hacer valer nuestros derechos. Y en todos estos trámites te recomiendo, ¡oh asendereado viajero!, la mayor calma y firmeza; porque has de tropezar con mil dificultades y repulsas, de las cuales debes hacer el mismo caso que si oyese llover.

VI. — A pesar de cuantas precauciones adoptes, quizás sean los cacos más sutiles y mañosos que tú, y te burlarán impunemente; de modo que si te interesa conservar algún objeto, llévatelo contigo á la mano, á tu lado, dentro del departamento, y no lo pierdas ni un segundo de vista...

Pero no por eso te desalientes, ni desmayes en apelar á ti mismo, ó sea al público, soberano señor cuando á serlo se determina sin vacilaciones. Yo creo que, en la mala, malísima organización de los servicios, tienen gran culpa sus organizadores...; mas también la tenemos tú y yo, que nos dormimos, que nos dejamos invadir por el *qué se me da á mí*, y cooperamos con nuestro asentimiento á que el daño se eternice.

Decíame un pedagogo ilustre que es más difícil lograr que un niño español juegue, que que estudie

la lección. Y es que estudiarla, quietecito, pide menos actividad que jugar á un juego físico, á saltos, carreras y trompicones. — Yo, parodiando la afirmación del pedagogo, sostengo que estamos siempre más dispuestos á dejar que nos despojen de nuestra propiedad, que á defenderla por los medios que la ley pone á nuestro alcance. Aceptamos como una fatalidad el despojo; sabemos ya que al montar en el tren nos jugamos la cuarta parte del equipaje, que el billete lo mismo puede costarnos cien que mil pesetas..., y resignados como faquires, allá nos metemos en un departamento sucio, anticuado, cuyas ventanas no abren ni cierran, y al recoger nuestros bultos, cuando la odisea termina, damos gracias á Dios como si de alguna atrevida exploración regresásemos con la piel.

No lo dudes, viajero: el remedio de lo que deploremos está en nosotros, en nuestra voluntad, en nuestra tenacidad, en nuestra resolución de no permitir que con tal frecuencia sucedan estas cosas que no debieran suceder nunca. — Cada país tiene el gobierno que merece..., y los ferrocarriles haciendo juego con el gobierno.

Cubiertas de nieve quedan ya las pocas montañas que al paso del tren se ven en Castilla; muda con la mudez solemne del invierno la naturaleza, y casi sin hoja alguna los esbeltos alisos y chopos que adornan el cauce de los ríos y que cortan, único toque de verdura, la monotonía de la infinita llanada. Muchos todavía lucen las tintas rojizas y cálidas del otoño; otros ya no son más que esqueletos que alargan miles de brazos finos como encaje, sobre un cielo de un gris glacial.

En ninguna época del año deja de ser hermoso el paisaje; en ninguna comarca le falta su peculiar atractivo. Diréis que Castilla es parda y escueta, diréis que sus perspectivas adolecen de uniformidad y que está calvo su territorio, y despoblado, que es lo peor, lo más triste. — Verdad es, y no obstante, en esa lisura y esa igualdad hay belleza propia. — Su línea majestuosa recuerda la de la campiña romana, sólo que en Roma la tierra es más oscura, tiene ese matiz ardiente conocido por *ocre rojo ó siena*. Castilla es de ocre amarillo. Allá á lo lejos, sus montañas son de un violeta vaporoso. Cuando hace sol, el suelo se anima, el perfil de la yunta de mulas se recorta de un modo pintoresco sobre el azul del horizonte límpido. El pozo y la noria; el rebaño de negras y blancas ovejuelas; la vacada; el carro cargado; la lenta galera; el arcaico birlocho que conduce á su casa á algún señor campesino..., son notas de gracia en medio de la severidad melancólica de ese paisaje de Castilla, por pocos elogiado, y que á mí me agradaría si no viese en sus estepas la escasez de nuestra población y la huella de tantas vicisitudes como nos han arrinconado.

Y á veces — al lado del torreón feudal y del campanario elegantemente erguido sobre el grupo del caserío de adobes — asoma, ¡oh extraña vista!, la chimenea de una fábrica... Parece allí, en las llanuras donde aún creemos que van á cruzar los blancos alquiceles de los moros, un extraño anacronismo.

¿Y de qué se habla á mi llegada á Madrid? Como siempre, de nada y de todo. La política está algo menos cuajada que en verano; la crisis amaga; los teatros empiezan á animarse y á sacar novedades de los años 45 y 50, como sacan las señoras del armario un traje antiguo, y se asombran de que vuelvan á llevarse tales mangas y tales hechuras; los paseos se llenan de gente; las tiendas presentan terciopelos y paños en el escaparate, mezclados con pieles y pesados abrigos; las «personas conocidas» vuelven del extranjero contando primores; Madrid es el Madrid habitual, con sus males y sus bienes, con su intensa vida de relación en un reducido círculo social... Dentro de una quincena empezará la racha de pulmonías, y caerán, como fruta sobrada madura, no pocos de los que ahora concurren á Apolo, ó de los que, más apocados, no se atreven á asomar la nariz fuera de casa así que oscurece... Vendrá diciembre guadañador, y leeremos necrologías sentidas y soporíferas en los diarios...

Mucho cuidado, muchas pastillas pectorales, mucho cuello subido, y Dios sobre todo. — Los muertos van aprisa, dice la balada alemana, y dice la diaria observación, de puro exacta, inútil.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LLEGADA

A pesar de la tentativa de escarmiento recientemente hecha con los ladrones de las joyas de la condesa del Campo de Orellana, continúan en todo su esplendor las sustracciones en los ferrocarriles. Quien expide un baúl ó un bulto cualquiera, sea de ropa, sea de provisiones, por el tren, lleva un cincuenta por ciento de probabilidades de que le desbalijen. No se lo quitarán todo; que si se lo quitaran todo, sería lo menos malo que le pudiese acaecer al pobre público: entonces, al menos, se echa de ver la diablura, y procede la indemnización. Pero cuando afanan sutilmente algo de lo que el bulto contiene, por lo general al viajero no le queda otro recurso sino exhalar un suspiro y exclamar: «¡Paciencia!»

Esto hemos hecho nosotros al regresar de Galicia y notar que en uno de nuestros baúles faltaban varias cosas, de esas que tienen muy buen empeño. Y en vez de ir á contárselo á Pilatos ó al Nuncio, yo decido contárselo á los lectores, para uso de los cuales voy á emborronar algunas noticias útiles, recomendando á los que las leyeren que las pongan en conocimiento de sus amigos, por si éstos perteneciesen á la clase de viajeros incautos.

Instrucciones á los que viajan en ferrocarriles españoles (1).

I. — Al guardar el equipaje en baúles, cajas ó sacos, conviene que los criados que desempeñan esta faena hagan una lista completa de lo que guardan, porque, en caso de falta y reclamación, lo primero que exige la Compañía es dicha lista, y con arreglo á ella se visita el baúl en la estación á presencia de quien corresponde.

II. — Las llaves, cerraduras y candados son tan inútiles contra esta clase de sustractores como con-

(1) En el extranjero no he oído á nadie quejarse de este mal; por eso me limito á decir «españoles».